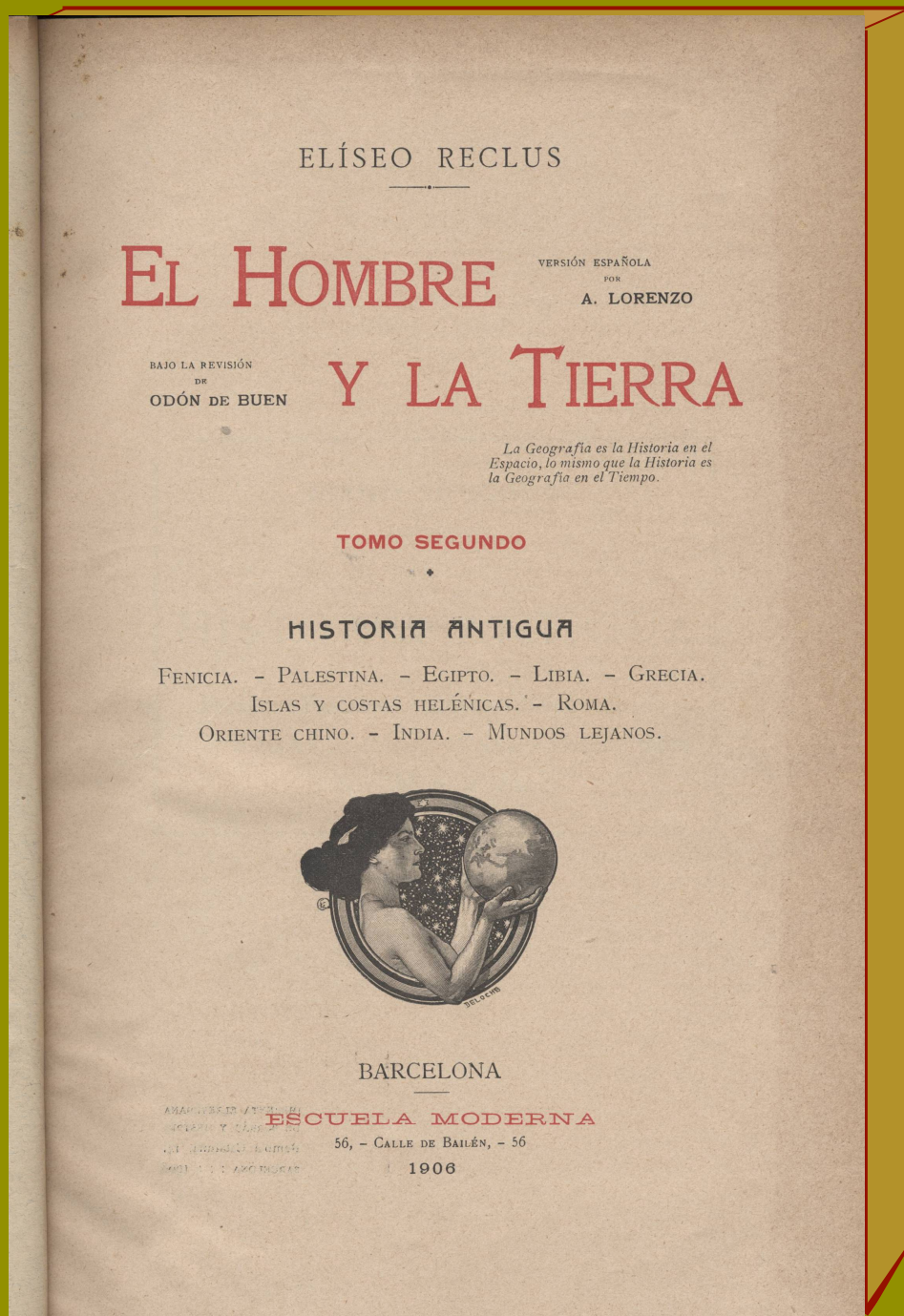


43.- RECLUS, Eliseo: *El Hombre y la Tierra: Historia Antigua*. Traduc. de Anselmo Lorenzo, Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, vol. II, 1906, 563 pp.



Damos por reproducido aquí lo dicho en el volumen anterior de esta colección acerca de las características aplicables a todos los tomos de la serie. Describimos aquello que le proporciona al texto un carácter diferencial.

En su primera página consta el año 1906 como fecha de edición, tiene una extensión de 568 páginas y cuenta con 136 fotografías, 47 grabados/dibujos/pinturas, 114 mapas/planos, 17 láminas sueltas, 6 cuadros/series de datos, 2 gráficos/esquemas y 346 notas marginales.

Es la continuación del “Libro segundo”, iniciado en el volumen anterior, y recoge cronológicamente la evolución de la Historia Antigua desde Fenicia hasta La Roma de Augusto. Los contenidos se vertebran de acuerdo al orden siguiente:

Libro segundo: Historia Antigua (continuación)

Cap. IV: Fenicia.

Cap. V: Palestina.

Cap. VI: Egipto.

Cap. VII: Libia-Etiopía

Cap. VIII: Grecia.

Cap. IX: Islas y costas helénicas.

Cap. X: Roma.

Índice alfabético.

Lista de los mapas.

Pauta para la colocación de láminas.

Índice de las materias.

Su posición crítica, enjuiciando hechos de la Historia Antigua, es proyectada en la sociedad de comienzos del siglo XX. Haciendo uso de paralelismos, lleva a cabo deslizamientos dialécticos en la frontera del anacronismo:

Se ha cumplido una revolución moral; locos, iluminados, pastores, gentes indeclaradas y sin mandato se ponen á profetizar, es decir, á hablar en nombre de Dios, en lugar de Dios, -porque ese fué en un principio el sentido de la palabra profeta,- sin preocuparse de las leyes ni de las costumbres; hablan cuando la inspiración les anima, sin respeto alguno a las autoridades constituidas. También ellos, veinticinco siglos antes que los socialistas, se hacen propagandistas y oradores de esa eterna “cuestión social” que niegan los economistas ortodoxos. Por desgracia ignoran que los oprimidos no han de hallar libertadores fuera de sí mismos, y se dirigen hacia un Dios: á lo menos lo que le piden es el ideal por excelencia, le piden la justicia.<sup>1</sup>

Frente a la monarquía, reivindica la presencia y la importancia del “pueblo”, haciendo de este último término el auténtico impulsor de las transformaciones de la historia:

Antes que un rey se encargase de administrar la tierra y exigir el diezmo de los productos, fué necesario que un pueblo los crease; se había comenzado el trabajo mucho antes de que un amo hubiese creído necesario dirigir esta obra “en beneficio de todos”, como

---

<sup>1</sup> RECLUS, Eliseo: *El Hombre y la Tierra: Historia Antigua*. Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, vol. II, 1906, p. 97.

afirmaba el historiador cortesano, ó mejor dicho, en su beneficio personal, como lo demuestra la historia.<sup>2</sup>

Se sirve de la ironía para ridiculizar la Historia oficial y la justificación patriótica:

¿No están de acuerdo los “piramidistas” de la Gran Bretaña para decir que la nación inglesa descende directamente de las doce tribus de Israel? ¿No se ha visto al Dr. John Lightfoot, canceller-adjunto de la Universidad de Cambridge, quien ha reconstituido - después de un trabajo de quince años (1888-1903), según se nos asegura-, el acta de nacimiento de Adán, quien fué creado en el año 4004 antes de J. C., el 23 de octubre a las nueve de la mañana? (...) hasta en el país más civilizado del mundo, muchos hombres de elevada cultura ven piedras sagradas en los materiales que amontonó quizá un inepto orgullo.<sup>3</sup>

El patriotismo, sin embargo, no siempre es abordado desde una posición crítica. Aquí recogemos un caso en que es señalado en su acepción positiva:

Recordando Atenas (...) En parte alguna, si no es en los clanes de las tribus primitivas, se produjo el patriotismo con semejante intensidad, confundiendo la vida y el bienestar de cada uno con el bienestar de todos.<sup>4</sup>

La noción patriótica, en un principio absolutamente estrecha, confinada en la misma ciudad, se extendió gradualmente a todos los habitantes de la Hélade y de los países helénicos; después, entre los filósofos, abarcó al mundo entero.<sup>5</sup>

Las invectivas contra la guerra son una constante en toda su obra. No obstante, encontramos alguna ocasión en que la guerra también tiene justificación:

Han de considerarse las victorias griegas como acontecimientos de la más alta y feliz significación, puesto que en esas batallas [contra los persas] la fuerza queda en manos de los que representaban la voluntad libre, la iniciativa personal contra masas humanas sin pensamiento ni voluntad.<sup>6</sup>

Su posición ideológica aflora en la diferente valoración del grupo étnico, de la sociedad primitiva y del Estado:

El Beduino (...) Anarquista por su ambiente, no tiene jefe - sólo tiene árbitros, porque los cheiks no son otra cosa,- y se deja dominar, no por leyes, sino por la concepción de la justicia.<sup>7</sup>

¡Qué contraste entre esa concepción del “Estado, uno e indivisible”, y el ideal griego, que se relizaba en la autonomía de centros independientes!<sup>8</sup>

---

<sup>2</sup> Ibidem, p. 162.

<sup>3</sup> Ibidem, pp. 191-192.

<sup>4</sup> Ibidem, pp. 312-314.

<sup>5</sup> Ibidem, p. 357.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 326.

<sup>7</sup> Ibidem, pp. 108-109.

Su profunda convicción de que la religión obstaculiza el progreso se hace patente con reiteración:

La causa primera del admirable desarrollo del pensamiento que caracteriza a Grecia debe buscarse en la escasa influencia del elemento religioso.<sup>9</sup>

Aprovechando una referencia al antiguo Museo de Alejandría, Reclus arremete contra la masa humana de sacerdotes, de cortesanos y burócratas, aquí calificados de parásitos:

Verdad es que en los primeros tiempos de su existencia, el Museo de Alejandría recibió entre sus huéspedes hombres del más alto valor intelectual, especialmente dedicados a la ciencia concreta y positiva, anatómicos, geómetras, geógrafos y astrónomos, tales como Herófilos, Euclides, Eratóstenes (...) pero la mayor parte de los habitantes del museo eran aduladores ó intrigantes, poetas de corte, pulidores de cumplimientos y de epigramas. Los parásitos comprendieron pronto que los invitados en la “Jaula de las Musas” eran albergados y retribuidos espléndidamente á cambio de las lecciones que profesaban, y hasta en recompensa de alguna insulsez elegante.<sup>10</sup>

Junto al adulador y al parásito, hay otros tipos humanos a los que el geógrafo francés caracteriza con visceralidad:

El servilismo tuvo siempre sus fervorosos, y se han visto individuos y hasta sociedades enteras lanzarse con alegría á la muerte por un amo, sin contar si era bueno, indiferente ó feroz, un Escipión o un Tiberio; débese esto á que, sacrificándose por el déspota, se eleva el sacrificado un poco hacia él y puede esperar, muriendo, recoger un rayo de su gloria. ¡Cuántos seres abyectos consideran como un honor parecerse físicamente á su amo, hasta en lo que tienen de feo y repugnante!<sup>11</sup>

Finalizamos con una curiosa revelación. En el documentado anecdotario que ofrece Reclus, hallamos testimonios de matroto a la mujer por parte del marido ya en las primeras manifestaciones literarias de la Historia:

El héroe de una antigua epopeya, Gilgamech [sic], describe el espanto de la muerte á su compañero Esbani (...) ¡Ay! Ya no puedes abrazar á la mujer que amabas ni pegar á la mujer que odiabas. ¡El horror del mundo subterráneo se ha apoderado de ti!<sup>12</sup>

---

<sup>8</sup> Ibidem, 526.

<sup>9</sup> Ibidem, p. 253.

<sup>10</sup> Ibidem, p. 391.

<sup>11</sup> Ibidem, p. 507.

<sup>12</sup> Alfred Jeremías, *Hölle und Paradies bei den Babyloniern*. [En: RECLUS, Eliseo: *El Hombre y la Tierra: Historia Antigua*. Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, vol. II, 1906, p. 90].